

¿La frontera urbana rural alteña?

Una experiencia de campo en Bolivia

Mariela Paula Díaz*
Miguel Canaza**

El inicio del viaje: la mirada de una extranjera

Imagínense una joven de 26 años, oriunda de la zona sur de la Ciudad de Buenos Aires, quien en 2010 comenzaba su trabajo de campo doctoral en la ciudad de El Alto (Bolivia). En un primer momento, me entusiasmaba viajar en Boliviana de Aviación, empresa estatal creada hacía poco. La ciudad de El Alto posee una superficie plana y ondulada, se encuentra a 4500 metros por encima del nivel del mar y está rodeada por montañas de la Cordillera Oriental de Los Andes. Son conocidos los picos nevados

* Universidad de Buenos Aires - CONICET, Argentina, correo: madidip@gmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

** Universidad Mayor de San Andrés, correo: poyesisajayu@gmail.com. Integrante del Grupo de Trabajo Fronteras: movilidades, identidades y comercios.

del Huayna Potosí y el Illimani. A primera vista, “bajando” hacia la hoyada de La Paz, desde el Aeropuerto Internacional de El Alto, se visualizaban pequeñas viviendas, algunas de varios pisos, de ladrillo descubierto o de adobe. Resaltan también los Cholets, viviendas de cuatro pisos construidas para la burguesía chola emergente. Debido a su dimensión y colores, representan una nueva arquitectura andina desafiante ante la mirada oficial de la arquitectura moderna.

Foto 1. Imagen de un Cholet alteño, El Alto, La Paz.



Fuente: Archivo personal, 2017.

Por aquel entonces, El Alto era conocida no tanto por sus privaciones –al ser una de las ciudades más pobres y postergadas del país– sino especialmente por haber sido el epicentro de las jornadas de lucha aymara contra los poderes políticos y económicos del neoliberalismo boliviano. Las protestas callejeras generaron la caída de los presidentes Sánchez de Lozada y luego de Carlos Mesa, dando lugar al quiebre del ciclo neoliberal en ese país. Esta situación se replicó en América Latina, cada una con sus especificidades.

La primera imagen de El Alto, recorriendo la Ceja (su centro cívico y comercial), fue la de una zona con alta densidad edilicia y poblacional, con

calles de asfalto, con algunos charcos de agua dispersos de alguna lluvia ya lejana y con la existencia de ferias callejeras por doquier, con carpas de colores de distintas tonalidades. Principalmente las mujeres aparecían como las protagonistas de esta venta callejera en un entorno urbano repleto de transeúntes y transporte público. Me topé con decenas de minibuses con niños, conocidos como los “voceros”, quienes no paraban de gritar a un público desconocido: “A la Ceja, a la Ceja” “A Senkata”.... Sus cuerpos moviéndose afanosamente, vociferaban: “pase, pase, hay asientos...” intentando convencer a lxs pasajers para poder llenar el minibus, pues era la garantía para cobrar su pago por una jornada laboral exhaustiva. Esos niños, en general varones cuyas edades oscilaban entre los 8 y 17 años, tenían un timbre de voz muy particular que hasta hoy día retumba en mi cabeza.

Foto 2. Feria callejera alteña, El Alto, La Paz.



Fuente: Archivo personal, 2014.

Como explicó Alfred Shutz, intentamos asimilar lo extraño, lo ajeno según nuestro propio acervo de experiencias previas “a mano” y significaciones. De este modo, se entiende que mi primera percepción estuviese muy ligada a la asimilación de esta área céntrica de El Alto con las villas de la zona sur de la ciudad conocidas por mí.

Conociendo la periferia alteña: entrecruces de miradas

Y un día me presentaron a Miguel Canaza, antropólogo de la Universidad Mayor de San Andrés (UMSA) y referente social de la ONG SUMAJ HUASI-Para la Vivienda Saludable, institución encargada de colocar baños ecológicos en el barrio periférico El Porvenir-I (Distrito alteño n°7) carente de alcantarillado sanitario y pluvial. Juntos recorrimos este barrio en reiteradas oportunidades. De ahora en más las próximas líneas reflejan “nuestra mirada del territorio”. Por este motivo, la narración pasa de la primera persona del singular a la primera persona del plural.

Nos encontramos en La Ceja alteña y tuvimos que tomar dos minibuses para llegar a El Porvenir I, localizado en el noroeste de la ciudad. A medida que nos alejábamos del centro ruidoso de El Alto, percibíamos cómo las viviendas se volvían cada vez más dispersas, el asfalto y los adoquines desaparecían de las calles, la tierra y los charcos de agua tomaban su lugar. Por sus calles se pudieron observar además lotes sin construir, animales domésticos, no solo perros, sino también gallinas, ovejas y chanchos. A medida que la dispersión y la predominancia de la tierra fueron más evidentes, mayor fue la presencia de estos animales.

Caminando por las calles de El Porvenir I, pudimos entrever casitas bajas de adobe, además algunos pocos kioscos o almacenes atendidos fundamentalmente por mujeres. También nos encontramos con varios predios sin construir. Un día nos cruzamos con un terreno en venta y junto a un muro un teléfono. Nos comunicamos de inmediato y nos atendió la familia de la dueña, radicada en Argentina.

Foto 3. Predio sin construir de El Porvenir I, El Alto, La Paz.



Fuente: Archivo personal, 2014.

Hacia el año 2011, registramos 450 lotes, de los cuales 350 estaban contruidos, y el número de familias que vivían en forma permanente era alrededor de 150. Por este motivo, era considerado un “barrio o zona de engorde”. Es decir, una cantidad importante de familias mantenían sus predios sin construir o sus viviendas deshabitadas para luego, una vez establecidos todos los servicios básicos, vender o establecerse definitivamente; mientras tanto residían en los barrios más céntricos de la ciudad y mejor equipados, o en otras ciudades latinoamericanas. De este modo, este hábitat popular de baja densidad poblacional, comercial y edilicia nos devolvía una imagen muy distinta a la del centro de la ciudad. Este barrio tenía una impronta rural muy visible que detallaremos a continuación, vinculada con el origen de los adultos del hogar, principalmente de la región circundante al lago Titicaca y del norte del altiplano paceño. En general, familiares originarios de una misma comunidad rural o provincia paceña se asientan en el mismo barrio alteño, reproduciendo así ciertas prácticas de sus comunidades de origen en la ciudad.

Foto 4. Las calles de El Porvenir I, El Alto, La Paz.



Fuente: Archivo personal, 2014.

Durante la semana, encontramos a mujeres con sus hijas e hijos, algunas elaborando ladrillos de adobe para la autoconstrucción de sus viviendas; otras alimentando a sus gallinas en las veredas del barrio; pastoreando a sus chanchos en los predios no construidos o en los espacios verdes comunes. Estas mujeres nos abrieron las puertas de sus casas de adobe y pudimos entender el lugar central otorgado al patio, ya que allí se encontraban sus sembradíos y corrales para sus animales (ovejas, chanchos, pollos), además de la única canilla (grifo) con acceso a agua potable por cañería.

Foto 5. Vivienda de El Porvenir I, El Alto, La Paz, Bolivia.



Fuente: Archivo personal, 2014.

Conocimos a mujeres que también tenían un taller de costura en sus propias viviendas, y sus productos eran vendidos en las ferias de la ciudad o por encargo a un tercero. En otras palabras, desarrollaban múltiples actividades para sobrevivir en la ciudad. Este barrio periurbano no sólo tenía una impronta rural sino también andina. Las mujeres hablaban entre sí aymara pero también el español con los de “afuera”. Se observaban así dos mundos y dos lenguajes, pero no como algo binario sino fusionado.

En síntesis, el barrio se percibía como un espacio femenino aymara y el hogar como su lugar de trabajo ¿Dónde estaban entonces los varones conocidos en el lenguaje patriarcal como los jefes de familia? Trabajando fuera del hogar, ya que consideramos que las tareas de cuidado y reproductivas realizadas por las mujeres también son trabajos, aunque no reconocidos como tal por la sociedad y por ende no remunerados. ¿Qué hacían los varones? Se desempeñaban como albañiles en La Paz o El Alto, como choferes de transporte público. Por lo tanto, nuestros paseos los domingos por el barrio eran distintos, podíamos conversar con la familia nuclear completa.

Una de las características más notorias de las familias periurbanas es la doble y hasta triple residencia por medio de prácticas plurilocales. Las familias nos contaban su tránsito entre el campo y la ciudad. En épocas de siembra y cosecha volvían a sus comunidades de origen para dedicarse a labores de agricultura en el altiplano, mientras otras se dirigían a los Yungas a cosechar o sembrar coca. La producción agrícola en las comunidades es un medio importante para la reproducción mínima del hogar en la ciudad.

En la situación de precariedad habitacional y laboral en las que esas familias se encontraban, el vínculo con el área rural se tornaba fundamental para la vida urbana. Aunque hay motivos económicos para este retorno pendular, es necesario aclarar que las comunidades rurales bolivianas tienen la particularidad de combinar propiedad colectiva de la tierra y la posesión familiar o individual de una parcela, cuestión que contrae un conjunto de obligaciones y compromisos comunitarios, tales como ocupar cargos públicos, asistir a festividades, estar presente en la cosecha y

siembra. Además, la dinámica campo-ciudad permanente y continua se vincula con la dinámica en ciudades de otros países como Buenos Aires y Sao Paulo a través de sus familiares o redes de parentesco comunitario.

Estas movilidades bolivianas urbana-rural a nivel local y transnacional constituyen estrategias familiares de reproducción en tiempos de globalización capitalista. Cabe señalar que este país hasta avanzado el siglo XX tenía un predominio rural. Fue primero la Revolución de 1952 y luego las medidas dispuestas por el emblemático Decreto Neoliberal 21060, las que desarrollaron y profundizaron el proceso de urbanización del país, denominado “urbanización de la pobreza”. De este modo, recorriendo un barrio periférico de El Alto se pudieron analizar las huellas de procesos más estructurales e históricos inherentes a la urbanización boliviana, con sus especificidades pero también con sus rasgos comunes con el proceso de urbanización latinoamericano y de los países andinos en particular.

Este hilo de continuidad no sólo con la comunidad rural de origen sino además el desarrollo de actividades rurales en un área periférica de la segunda ciudad más poblada de Bolivia, nos presentó una frontera urbana-rural. Esta categoría analítica, sin embargo, nos plantea la situación de manera binaria. En cambio, podríamos nombrar la emergencia de territorios/fronteras rururbanas en tanto mixtura de usos del suelo urbano (en este caso predomina un uso residencial, puesta en tensión por la presencia de viviendas productivas) y rural (centrado en actividades agrícolas y de pastoreo de animales en un hábitat de baja consolidación y espacios verdes comunes).

Estas prácticas rurales en un entorno o contexto urbano mantienen un hilo de continuidad con las llevadas a cabo en sus comunidades de origen, y en ambos casos son las mujeres aymaras las encargadas de las tareas familiares y/o comunitarias de reproducción. En esta dirección, las prácticas plurilocales o las movilidades residenciales pendulares nos plantea la posibilidad de indagar la relación urbana-rural como un todo interrelacionado. El hábitat (o la configuración territorial) no sólo condiciona las prácticas sociales, sino que fundamentalmente se ve

transformada por las mismas, planteando una relación dialéctica entre el hábitat y el habitar.

Por consiguiente, un estudio sobre las fronteras tiene el desafío epistemológico de romper con la visión estática, objetual y cosificadora de los territorios para incluir una perspectiva más dinámica, histórica, que incluya en su análisis las movilidades residenciales de los sujetos, las relaciones y las prácticas sociales, que son de poder y desiguales (según clase, género y etnia/raza). Por último, cabe problematizar la idea de un proceso de urbanización como una tendencia absoluta y lineal. Estos territorios rurubanos pueden entenderse como contratendencias, producto de prácticas plurilocales llevadas a cabo por migrantes empobrecidos de la ciudad.